

LA PROBLEMATICA DEL ROL DE MUJER Y DE MADRE

Hector Pauchard Hafemann (*)

no
381984

45-52

Nota de la Redacción:

El presente trabajo analiza un problema social y plantea una estrategia de cambio. En ella el Trabajador Social debiera ocupar un lugar preeminente puesto que él por definición tiene un puesto de avanzada en las tareas de cambio social.

Por estas razones el autor consideró adecuado que este trabajo se publicara en la Revista Trabajo Social.

I. LOS ROLES COMPLEMENTARIOS DE HOMBRE Y MUJER.

En la estructura de los grupos humanos se destacan, especialmente, ciertas posiciones o status que ocupan todos y cada uno de los integrantes y que permiten que su organización se exprese en una acción sinérgica y complementaria. Efectivamente, todo grupo tiene determinados objetivos y cada uno en su posición colabora a su logro, al mismo tiempo que complementándose con otros miembros que ocupan otras posiciones contribuye en actividades sectoriales a toda esta acción grupal. Así, en una empresa fabril hay gerentes, jefes de departamento, secretarías, oficinistas, trabajadores, ingenieros, etc. Y cada uno está aportando desde su puesto-posición a la marcha de la empresa, y a la consecución de sus objetivos.

La posición o status es un conjunto de deberes y derechos. Y la acción específica que cada cual realiza en su posición, se denomina rol o papel y está enmarcada por determinadas pautas o normas que cada cual tiene que cumplir so pena de recibir sanciones y distintos tipos de presión, que lo obligan a atenerse a las pautas existentes para ese rol determinado.

En todas las sociedades humanas conocidas, las posiciones de hombre y mujer son complementarias de tal forma que las actividades de que se encargan unos no las desarrollan los otros. Muchas de estas son asignadas en forma distinta a hombres y mujeres en diferentes sociedades. Así, el cocinar y cuidar a los niños entre los nativos de las islas Marquesas eran de responsabilidad de los hombres, en tanto que las mujeres pasaban la mayor parte del tiempo ataviándose (1). Sin embargo, lo predominante en la mayoría de las sociedades primitivas

ha sido que el hombre se dedique a la guerra y la caza, y las mujeres al cultivo de la huerta, el cuidado de los niños y la preparación de los alimentos. Lo que es muy parecido a lo que hasta la fecha podemos constatar como predominante en nuestra sociedad occidental.

Es fácil relacionar las diferencias entre los roles de hombre y mujer con sus diferencias orgánicas que van desde la distinta estructura sexual al dinamismo hormonal específico de cada sexo. La mujer es la que puede dar a luz y alimentar en los primeros tiempos a sus hijos, y el hombre no. Por otra parte, Linton dice sin ambages que el mayor peso y fuerza del hombre ha hecho que este se imponga en las distintas sociedades frente a la mujer, y naturalmente, en su propio beneficio. (1)

Por otra parte, siendo el grupo un elemento fundamental en la supervivencia de la especie humana (seres humanos aislados en épocas primitivas habrían desaparecido aniquilados por los rigores del entorno natural, en tanto que el estar juntos facilita no sólo el defenderse sino el aprender unos de otros), el que los más aptos se dedicaran a la caza y la defensa contribuyó notablemente a las posibilidades de sobrevivencia de sus miembros dándoles mayores ventajas relativas respecto a los grupos de sus congéneres en que ésto pudo no haber sido así. Para visualizar lo que esto significa es importante recordar la continua guerrilla entre grupos de los tiempos primitivos y las depredaciones que ello significó - las que se continúan hasta el presente -, además de que la caza fué por mucho tiempo la base fundamental de subsistencia hasta que el Homo Sapiens

(*) Psicólogo Universidad de Chile. Ex-Jefe Sección Psicología Clínica Instituto Central de Psicología U. de Chile.— Ex-Presidente Sociedad Chilena de Psicología.

desarrolló la agricultura. Nuestros antepasados fueron aquellos que durante el mioceno se adaptaron a la vida en el suelo, dependiendo básicamente de la caza para su subsistencia.

Y, además, no parece haber información confiable de que las mujeres hayan desplazado a los hombres en estas tareas. En este contexto, el que ellas se dedicaran a la preparación de los alimentos, al cuidado de los niños y a la huerta resulta sin duda como algo adecuado y útil para todos y cada uno de los componentes de la sociedad primitiva. Ello explica por sí solo la preeminencia del hombre no sólo en la sociedad sino también en el seno de la familia. Linton pone en duda el que exista alguna sociedad en que esto pueda invertirse a favor de las mujeres, incluso en aquellos grupos en que ellas puedan formalmente detentar el poder. Siempre habrían estado en última instancia bajo la tutela de un pariente de sexo masculino(1).

Así, en un comienzo, la distribución de roles entre hombres y mujeres tuvo un aspecto positivo aunque ha podido prestarse para abusos de parte de los que han detentado la fuerza (como ha sucedido siempre entre seres humanos, por lo demás). Sin embargo, estas injusticias han ido disminuyendo paulatinamente en la medida en que han ido cambiando las condiciones primitivas. Las sociedades se han encontrado enfrentadas al progreso de la técnica paralelamente a la destrucción ecológica (ya no existen pueblos que puedan vivir exclusivamente de la caza, con la excepción de grupos reducidos y ubicados en sectores remotos).

Con el desarrollo de las grandes comunidades humanas y el perfeccionamiento de las técnicas agrícolas, se produjo una división en las actividades de los hombres que llevó a que sólo algunos se dedicaran a la defensa y a la guerra mientras los demás se entregaban al cultivo del campo y a manufacturas progresivamente más complejas. Esto obligó al hombre a pasar largas horas o en el cuidado del ganado o en los cultivos que muchas veces quedaban distantes del hogar. Y las mujeres siguieron dedicadas a sus tareas tradicionales con excepciones esporádicas como lo fué, entre otras, su participación en las cosechas.

La industrialización y su desarrollo progresivo aparecen en los últimos momentos del desarrollo de la Humanidad presionando en la dirección de una modificación de los roles de hombre y mujer. Porque ella comenzó a ser utilizada como mano de obra barata en los ambientes fabriles y posteriormente se ha ido incorporando a niveles más altos dentro de estos sectores, culminando con el acceso a la formación universitaria, el ejercicio de labores de gerencia y el desempeño de altos puestos políticos. Paralelamente han logrado la igualdad con el

hombre respecto a derechos políticos en la mayor parte del mundo.

Pero, a pesar de todo, tiende a mantenerse la diferencia de las funciones hombre-mujer. La participación de la mujer en la actividad económica, aún en los países de mayor desarrollo, llega apenas al tercio, mientras en los hombres es casi de los dos tercios (ver cuadro).

Y en Chile, nos encontramos con que un tercio de las mujeres que trabajan lo hacen como "trabajadoras de servicios personales" (que en su mayoría son cocineras, sirvientas y empleadas de servicio doméstico). Otros grupos donde se concentra la mano de obra femenina son "artesanos" (aquí más del 90% se dedica a labores relacionadas con el vestuario), "oficinistas y afines" y "profesionales y técnicos afines" (en este último caso el 49.6% son "profesoras y maestras" y el 35,4% "enfermeras y parteras", es decir, labores femeninas por tradición)(2).

Población económicamente activa por sexo en 1975.

Países	Total %	Hombres %	Mujeres %
Alemania, Rep. Federal	45.3	60.1	31.7
Argentina	38.6	57.3	19.8
Chile	31.8	49.3	14.7
Estados Unidos	44.2	56.3	32.7
Francia	42.2	55.6	29.3
Perú	29.2	45.3	12.8
Suecia	44.3	56.3	32.3

Fuente: Anuario de Estadísticas del Trabajo. Oficina Internacional del Trabajo. Ginebra. 1978 (2)

En los Estados Unidos se ha encontrado que "el trabajo femenino presenta una o más de las siguientes características: 1. tareas tradicionales del hogar, cocina, limpieza, costura, conservería, 2. ninguna actividad física o arriesgada, 3. paciencia, espera, rutina (receptionistas, vendedoras, telefonistas), 4. uso rápido de manos y dedos como operadoras de máquinas de oficina y armadura eléctrica, 5. orientación cultural o de bienestar, 6. contacto con niños pequeños, y 7. 'sex-appeal'". Igualmente, a pesar de tener una actividad remunerada fuera del hogar, la mujer sigue siendo responsable del ámbito hogareño: mujeres profesionales con maridos profesionales asumen sin objetar la mayor responsabilidad en el cuidado de los niños y quehaceres domésticos (2).

No parece ser muy distinto lo que sucede en China en estos mismos días. Un periódico informa que la Federación de Mujeres de China criticó las duras tareas manuales para la mujer, luego de años de esfuerzos para probar su igualdad con los hombres - según el "China Daily" -. Su Vicepresidente dice que ellas proclamaban que las mujeres podían hacer cualquier cosa que los hombres hicieran, pero

ahora reconoce que las duras tareas manuales hacen mal a las mujeres. En China ellas trabajan en construcción, carga y tareas similares, de gran esfuerzo físico. La Federación intenta ahora el cambio de estas actividades por las de áreas de servicios, educación, salud y otras similares; pero no, que las mujeres volvieran a la cocina. Esto en contraste con artículos periodísticos en el último año, que han planteado que las mujeres de las áreas urbanas pasaran más tiempo en el hogar para reducir la tasa de desempleo (3).

En esta perspectiva es posible hacerse una pregunta: Sólo la acción de la fuerza hizo que las mujeres aceptaran su rol tradicional y tiendan a mantenerlo? ¿Hubo otros elementos que contribuyeron a ello?

Retrotrayéndose al contexto primitivo en que se estructuraron los roles de hombre y mujer, pudo no haber sido injusto ni poco equitativo el status de mujer. Hay elementos que permiten afirmar lo anterior. La mujer de ese entonces puede haber encontrado satisfactorio ese estado de cosas en tanto en cuanto que los que morían, quedaban heridos, lisados para toda la vida, amén de una cantidad de otros sufrimientos, eran los que salían fuera del reducto del grupo en la defensa de éste o en la búsqueda de las proteínas que significaban la caza y la pesca aguas afuera.

Por otro lado, sometidas o no, las mujeres tienen un elemento de fuerza que no sólo pueden usar sino que usan. Y es la común dependencia afectiva de hombre y mujer. En todas las épocas y en todas las culturas, ellos han necesitado de ellas y no sólo para la satisfacción sexual, sino que, además, porque por la crianza han desarrollado lazos de dependencia frente al sexo femenino que no parece posible que se rompan, con la excepción de determinados cuadros patológicos. Es frecuente que las mujeres de clase media en nuestro país se refieran al marido como la "guagua grande" en momentos de molestia y en un ambiente que les da confianza para expresarse. Por otro lado, es bien conocida la influencia que han tenido determinadas mujeres en la vida de hombres destacados a través de la historia. Y las mujeres también necesitan de los hombres. En un ambiente con alguna similitud al primitivo, por la rudeza del ambiente, como es el de las poblaciones marginales nos encontramos con que ellas claramente muestran que necesitan al hombre como protección frente al medio relativamente hostil en que viven (4).

Es posible, entonces, suponer que la situación de las mujeres no ha sido tan mala en un sentido general. O que ellas no la hayan sentido como tan perjudicial. Porque tampoco es posible poner en duda el que determinados varones pueden haber usado y abusado de las mujeres dentro de las posibilidades

que le ofrecía cada cultura específica. Y ello sigue aún sucediendo.

Sin embargo, de lo que se trata, como insistiremos más adelante, es de enfrentar no el problema de la mujer o el problema del hombre, como ya se está haciendo. Lo que importa y urge es el resolver los problemas de la unidad hombre-mujer: la pareja humana.

II. LA NECESIDAD DE LA FAMILIA EN LA SOCIEDAD MODERNA.

La relación hombre-mujer es un hecho concreto que incide en la sociedad como tal y que ha estado así desde siempre y se mantendrá en estos términos mientras exista la especie humana. Es una problemática que nos afecta a cada uno de nosotros, independiente de la posición que ocupemos, porque afecta a la sociedad como un todo, puesto que la familia es una estructura básica en ella. Y la pareja es el núcleo básico, a su vez, de la familia occidental (familia nuclear).

No puede quedar dudas de que en cualquier sociedad, mientras más ajustados estén los miembros de los distintos grupos a sus posiciones y roles, su funcionamiento va a ser más expedito. Además, en mi experiencia profesional esto lleva a una disminución de los conflictos interpersonales en agudo contraste con los ambientes en que posiciones y roles no se complementan en forma adecuada. Ahora bien, en medio de los trastornos culturales que ha provocado el desarrollo de la civilización en la sociedad occidental, nos encontramos precisamente con que los roles se han desdibujado. Y no sólo no está bien claro cuales son los deberes y derechos de las mujeres, sino también los de los hombres. Lo que sucede especialmente en el seno de la familia: esposo y esposa enfrentan su relación en una situación que resulta absolutamente ambigua. Los tan mencionados problemas de ajuste en el matrimonio son, en su mayor parte, problemas relacionados con los roles y el ejercicio de sus deberes y derechos complementarios. (5)

La importancia de la familia como elemento básico en la sociedad, es reconocida ampliamente por los distintos gobiernos y en forma independiente de su ideología política. Una de las razones de esta preocupación es que ahora, con el desarrollo de la industria de los anticonceptivos y el cambio de la moral sexual, ha quedado al desnudo lo importante que es la función femenina de la reproducción. Antes nacían los hijos a pesar de todo, naturalmente. Ahora se necesita desarrollar políticas en determinados ambientes para promover la natalidad. Porque, debido a su disminución, los países desarrollados enfrentan un oscuro porvenir con un desequilibrio entre la cantidad de ancianos y de jóvenes para los

años futuros. Y familias bien constituídas y con relaciones más satisfactorias, son un factor variable importante en la procreación. Los esposos ven en los hijos la culminación de una relación de afectos. En estas culturas el procrear depende ahora de decisiones personales. Y la mujer que no esté satisfecha con su matrimonio va a evitar los hijos, lo mismo que la que desea tener o mantener un trabajo fuera del hogar.

Además, la familia es el instrumento básico de socialización, por el cual se prepara a los niños para incorporarse como miembros bien adaptados a la sociedad. Es decir, en el seno de la familia el niño adquiere los valores y pautas de conducta que le permitirán integrarse a aquélla sin problemas. Pero, debido al desarrollo tecnológico, la socialización se ha constituido en un esfuerzo tremendo (una cantidad de miembros de la sociedad para ocupar su puesto en ella han debido estudiar durante 18 o más años).

Y la base de este proceso se da en los primeros años de vida, en que el infante necesita sin ninguna duda de su madre. Es con ella con quién, a través de la experiencia del amamantamiento, establece lazos afectivos más sólidos y de quién podrá tomar los valores fundamentales que lo harán integrarse a la sociedad en forma adecuada.

En los estratos bajos de la sociedad, el problema es aparentemente distinto y notoriamente, en los pueblos subdesarrollados. Allí el exceso de natalidad lleva a la desnutrición y a la enfermedad. Al mismo tiempo, los niños de estos estratos son socializados de manera tal que constituyen, en distintos momentos de su vida, un problema para la sociedad en general: deficiente escolaridad, conductas antisociales, etc.

En ambientes primitivos, la madre y un sinnúmero de familiares intervenían en la tarea de socializar a los niños. En cambio, en la familia occidental actual, la madre queda prácticamente sola frente a los niños pequeños porque incluso los hermanos mayores - en el caso de que los haya - están buena parte de su tiempo fuera de la casa, ya sea estudiando o trabajando. Esta es una experiencia fundamental para los seres humanos. Hay estudios que muestran cuán importante es la acción socializadora de la madre que, sin ninguna duda, se consolida sobre los lazos afectivos establecidos en el período de amamantamiento. Así, un estudio hecho en adolescentes, comparando la socialización de aquellos criados en orfanatos en su época de bebés con los que fueron criados por su propia madre, muestra deficiencias notorias en los primeros. Tienen puntajes más bajos en las pruebas de inteligencia, están retardados en el lenguaje, son menos capaces de establecer relaciones sociales normales con otras

personas y resultan más neuróticos según las pruebas psicológicas respectivas (6).

Todas las teorías que explican el fenómeno de socialización concuerdan asimismo que él está íntimamente condicionado por la familia (7). Y la madre es el centro aglutinante de la familia.

Coincidiendo con todo lo anterior, las instituciones educacionales exigen en forma perentoria una colaboración del hogar respecto a la educación de los niños, del cumplimiento de sus deberes escolares y de que su conducta se enmarque en ciertas normas. Y nuevamente, es la madre quien tiene que enfrentar esta tarea. Todo muestra que sólo en esta forma se podrá ir integrando a las nuevas generaciones al desarrollo científico y tecnológico que avanza cada vez más rápidamente. Ello no va a ser posible si los niños no se adecúan bien en la escuela, puesto que una buena escolaridad es requisito indispensable para recibir cualquier tipo de formación especializada superior.

Conjuntamente con lo expuesto existe una creciente convicción de que la juventud descarriada, drogadicción, promiscuidad sexual, violencia, conductas asociales en general - es la expresión de hogares desorganizados. Y no existe un hogar desorganizado allí donde la madre cumple su papel de tal. Porque en la sociedad occidental siempre la mujer ha sido un líder dentro del hogar, aunque oficialmente el hombre haya sido quien aparece detentando el poder. Lo que sin duda fué así, pero puertas afuera. Dentro de la casa la madre era el centro y efectivamente ejercía su autoridad. Contando para ello con el respaldo del marido, quien, en muchas áreas del ámbito doméstico, tenía que someterse a su criterio.

Condiciones más propicias para cumplir con estos requerimientos se dieron hasta el momento en que las mujeres comenzaron a dejar el hogar para trabajar fuera de él y se encomendó el cuidado de los hijos a sirvientes y otro tipo de personas. Con el problema consiguiente de que estas van a transmitirle su cultura - sus valores, entre otras cosas - lo que es muy grave si consideramos que ellas participan de una cultura que dista mucho de ser la adecuada para vivir en una sociedad moderna. Es difícil que puedan traspasar valores tales como: ciencia y perfeccionamiento intelectual, el trabajo, el esfuerzo sostenido o la disciplina; aunque sí pueden hacerlo respecto al amor, la generosidad y similares. Lo que no sólo es válido para Chile sino para todos los países latinoamericanos. Y, seguramente, para todos los otros que basan su servicio doméstico en la mano de obra de poblaciones paupérrimas. Este problema específico esperamos abordar en otra publicación en que se puedan estudiar en extensión sus causas y sus posibilidades de cambio.

Linton describe a la familia como un grupo en que cada cual tiene deberes y derechos complementarios respecto a los otros miembros. Son unidades cooperativas, compactas, organizadas internamente e intermedias entre el individuo y la sociedad total(1). En el seno de la familia (independiente de la forma que éste tome en distintas sociedades, porque hay muchos tipos de familia) el individuo logra un sentimiento de seguridad y de correspondencia emotiva que le es muy difícil que pueda lograrlos en otros sectores de la sociedad actual. El matrimonio, en la familia de la sociedad occidental, es la base sobre la que se estructura aquélla.

Por consiguiente, él debe fortalecerse. Lo que no se va a lograr si uno de los miembros aparece en una situación deprimida e injusta. Matrimonio y familia adecuados son básicos para una buena higiene mental de sus miembros. Todo lo que se haga en este sentido también va a tener, por consiguiente, un rendimiento en prevención en salud mental.

Es indispensable, en consecuencia, que la mujer alcance la categoría de persona importante que siempre debió ser: una "mamá" reconocida y apreciada como tal. Podrá entonces aglutinar una familia con los beneficios consiguientes no sólo para los hijos, sino también para ella misma y para el marido, si éste está en condiciones de adecuarse y de colaborar equitativamente en la tarea.

III. FACTORES QUE HAN PROVOCADO LA SITUACION DESMEDRADA DE LA MUJER.

En forma independiente de que el hombre haya impuesto su voluntad debido a su mayor capacidad física, cada cultura tiene una dinámica que determina la existencia o la destrucción del grupo. De esta forma, si hay sectores extensos de una sociedad que estén en condiciones no satisfactorias, nos encontramos con un equilibrio inestable que, tarde o temprano, dará paso a procesos tendientes a corregir esa problemática o a la destrucción del grupo. En consecuencia, la aparente hegemonía masculina forzosamente debe haber tenido un contrapeso que benefició a la mujer y que permitió una existencia relativamente satisfactoria de cada uno de los grupos, dando origen a modalidades culturales adecuadas para las condiciones de vida y ambiente de cada uno. De otra forma, las mujeres habrían provocado perturbaciones mucho antes que los conocidos movimientos feministas.

En la sociedad occidental ha habido una evolución de la cultura que ha tenido un efecto distinto en cada uno de sus integrantes y, por consiguiente, en la mujer. Hemos visto que las actividades defensivas y la caza fueron fundamentales en las sociedades primitivas para su subsistencia y los hombres

fueron asignados a ellas en consideración a sus ventajas físicas. Y no es difícil imaginarse que aquellos grupos que así no lo hicieron, desaparecieron arrasados por sus vecinos y por la desnutrición derivada de la menor disponibilidad de alimentos. Cuando surgió la ganadería fueron los hombres los que se hicieron cargo de ella, por razones obvias. Finalmente, estos fueron necesitados en la agricultura desplazando, en parte, a las mujeres en la medida en que ésta se ha desarrollado y siempre por los mismos motivos. Todo ello muestra que las actividades que en cada tiempo han tenido un carácter de urgencia para la subsistencia del grupo y de sus componentes, han estado a cargo de los hombres, por lo tanto el prestigio y los honores correspondientes fueron para ellos.

La natalidad y las tareas encomendadas a las mujeres también son básicas para la supervivencia de los grupos. Sin embargo, las mujeres no aparecen tan indispensables, debido a que pueden ser y son reemplazadas por hombres en todas las tareas, excepto en la procreación. Desgraciadamente, esta se presenta como algo, por así decirlo, rutinario y mecánico en los pueblos primitivos: los niños han seguido naciendo de todas maneras (y por lo mismo ciertas sociedades recurrieron incluso al infanticidio, especialmente el femenino, puesto que con ello había garantía de menos nacimientos en los años venideros). Por lo tanto, la mujer y sus funciones no se destacaron y menos aún, se valoraron. Pero, en la Edad Media surgen los trovadores, creadores del amor romántico, y las ensalzaron por su condición de pareja sexual. Lo que ha culminado en nuestra sociedad de consumo convirtiéndolas en objeto sexual. Los conocidos concursos de belleza son su expresión máxima. Allí la mujer pasa a ser reina en tanto en cuanto es susceptible de dar satisfacción a los hombres.

Los valores de cada cultura son condicionados por la situación total que enfrenta, en determinada época, dicha cultura. Por ello, cuando las feministas iniciaron su lucha en pro de los derechos de la mujer, ya las condiciones estaban maduras para ello. La Revolución Industrial emparejó a hombres y mujeres, por lo menos en ciertas áreas en que precisamente la fuerza no tiene mayor importancia, en determinadas tareas fabriles debido al desarrollo tecnológico e instrumental. Paralelamente comenzó el avance de las mujeres hacia las funciones que en la sociedad occidental se consideraron típicas del hombre tanto en el mundo de los negocios como en distintos otros campos (medicina, ingeniería, aviación, actividades militares, etc.). En un comienzo las mujeres salieron a trabajar fuera del hogar empujadas por la miseria, y aún todavía es así. Pero, más adelante, nos encontramos con que el llamado consumismo es un motor importante del abandono de la casa.

Es evidente que con otros valores, muy poco de todo ésto habría ocurrido. Porque si la mujer trabaja para disponer de dinero para determinados gastos no necesarios y deja a sus hijos, está valorando más algunos logros económicos que el criar a éstos. Una actividad le significa agrados y satisfacciones y la otra no. Las mujeres han entrado, en consecuencia, a competir con los hombres, e incluso con tanto éxito que han llegado a desplazarlos de ciertas áreas de trabajo. Y ha comenzado, en consecuencia, la protesta masculina.

Determinados ideólogos, utilizando elementos de las ciencias humanas, han venido a oscurecer el cuadro. Porque la problemática hogareña ha aumentado notoriamente en los últimos años. Pueden influir en ello muchos factores, como la inseguridad de la vida moderna, según afirman algunos. Pero, en mi experiencia, me encuentro con un hecho sistemático tanto en atención individual como en talleres y seminarios: la inseguridad que han desarrollado las madres para tratar a sus hijos. No saben como actuar con ellos y viven con el temor de hacerlo mal.

De que se trata? Las madres con algún tipo de información psicológica - es decir, una gran cantidad porque está al alcance de todo el mundo a través de los medios de comunicación social - no se atreven a cumplir con su rol tradicional. Y esto es porque ciertos ideólogos - por ejemplo, el muy conocido Dr. Spock - han planteado que los niños se dañan psicológicamente por una cantidad de actuaciones consideradas anteriormente normales de parte de los padres. Lo que es producto de supuestos conocimientos científicos en la medida en que, con algunos indicios de escasa validez, se han desarrollado normativas respecto a lo que debe ser la acción de los adultos frente a los niños. Se suma a lo anterior las indicaciones dadas a los adultos respecto a como tener una buena higiene mental. Es bien conocido que ciertos especialistas recomiendan actividad sexual extramarital siguiendo un supuesto de Sigmund Freud, del cual el mismo abjuró (el supuso en un tiempo que las neurosis se debían a falta de satisfacción sexual).

Estas indicaciones pseudo científicas inciden, sin duda, en el alejamiento o el intento de alejarse del hogar, de la mujer. No saben que hacer con sus hijos, además de que todos estos procedimientos "modernos" traen consecuencias que a veces son trágicas (el mismo Dr. Spock se desdijo respecto a que a los niños no se les debía decir no, pero desgraciadamente demasiado tarde). Los niños que no encuentran límites en su vida, aprovechan ésto generalmente en forma que resulta tremendamente perjudicial para otros e incluso para si mismos. Y si no se les controla, frecuentemente pasan a desarrollar cua-

drolos patológicos (lo que es materia de otro trabajo). De lo que sí podemos hablar aquí es que las madres que han optado por procedimientos tales como no castigar, y usar sólo el refuerzo positivo o la permisividad, terminan perdiendo la paciencia y desesperadas recurren a la violencia con sus hijos, lo que va empeorando las cosas en forma paulatina y, a veces, con mucha rapidez (8).

En todo caso, oscilan entre los castigos realizados en medio del descontrol provocado por la impotencia y el intentar encuadrarse dentro de los determinados planteamientos que están siguiendo (no debe disciplinarse a los niños, la autoridad es perjudicial y los castigos también, sólo debe usarse el refuerzo positivo, etc., etc.). Es decir, no cumplen con un rol estable y el niño no tiene ante sí la claridad mínima que le permitiría organizar su conducta en el seno del hogar.

De resultados de todo ésto, el hogar se hace francamente un lugar poco atractivo e impulsa a la madre a salir de él. Una forma reconocida explícitamente es el trabajar. Son corrientes expresiones tales como: "No me aguanto en la casa con estos chiquillos". Naturalmente que también la fuga del hogar puede hacerse en pos de algo más placentero. En consecuencia, repetimos, la sociedad sufre los resultados. Porque la tarea de socialización no queda en manos idóneas. Por otra parte, los niños abandonan también la casa en cuanto pueden y así es fácil que se deslicen hacia la promiscuidad sexual, las drogas y toda suerte de actuaciones antisociales.

Nada de todo esto contribuye a prestigiar la "profesión" de mamá. Que es lo que se puede hacer entonces?

IV. POSIBLES MEDIDAS CORRECTIVAS.

En primer lugar es necesario, a mi juicio, plantearse este problema en la perspectiva de que las soluciones sean buenas para todos. Y no sólo para hombres y mujeres, sino para la sociedad total. Se trata del bien común. Supongo que éste ha sido el elemento rector, por así decirlo, en el desarrollo de las culturas. Porque en las condiciones específicas en que cada grupo se desarrolló tuvo, como todos los organismos vivos, que adaptarse o desaparecer. Y una adaptación del grupo no sólo debe entenderse en un puro enfrentar un medio externo. Su integración orgánica resulta fundamental, incluyendo relaciones humanas básicamente armónicas, puesto que un exceso de conflictos disminuye las posibilidades del grupo frente a los enemigos externos. Una adecuada distribución de funciones permitió la supervivencia del grupo, y por ello el hombre se dedicó a la caza y la guerra y la mujer, a la huerta y el cuidado de los niños.

Vimos que en ambientes primitivos las funciones típicamente masculinas fueron de gran importancia y se les otorgaron los honores del caso. Pero, en la actualidad, las condiciones externas e internas de la sociedad han cambiado mucho. La función femenina de la reproducción ha pasado a un primer plano por defecto, en los países desarrollados, y por exceso, en los subdesarrollados. Se necesita, cada vez con más urgencia, madres que den a luz un número adecuado de hijos y que los socialicen conforme a los requerimientos de cada sociedad. Ello plantea que las madres deberían recibir una formación para el desempeño satisfactorio de su función. En otras palabras, deberían alcanzar los conocimientos que son necesarios para su desempeño.

Porque para un mejor desarrollo de las sociedades e, incluso, para su subsistencia, debe clarificarse bien lo que es importante. Así se especificarán los parámetros necesarios para el desarrollo de las políticas de cualquier gobierno. El que en algunos países estén apareciendo Ministerios de la familia o, por lo menos, se está pensando en ellos, señala un cambio en esta dirección. Es hora, entonces, de valorar las funciones femeninas y de actuar en consecuencia. Los honores y ventajas que se consideran solamente para las funciones masculinas tradicionales, tendrán que dedicarse igualmente a las funciones femeninas, terminando definitivamente con las injusticias al respecto.

Y debe quedar claro: las necesitamos no sólo por problemas con los índices de natalidad. Las necesitamos porque son indispensables para no tener juventud descarriada, drogadicción, promiscuidad sexual, y toda suerte de actuaciones antisociales de jóvenes e, incluso, de niños. Además, para la mejor salud mental de los futuros adultos. Lo que va a contribuir al bienestar de todos. En un mundo conflictual como éste en que estamos viviendo, el tener a la mujer disminuída contribuye poderosamente a su problemática. Porque aunque las mujeres no salgan a la calle a realizar manifestaciones, ellas están contribuyendo en la base - si están disconformes, repetimos - a añadir más material explosivo a una situación que ya muchos encuentran caótica.

A estas alturas del desarrollo humano, la condición de la mujer es injusta. Y hay dos caminos para reparar esta injusticia. El que se ha intentado tiene un mal destino, porque el igualar a la mujer con el hombre es algo que es posible en ciertas áreas pero no en otras en que el hombre va a tener, por condiciones orgánicas, más ventajas. Es decir, si bien algunas pocas mujeres van a competir con éxito frente al hombre, muchas no van a alcanzar los mismos logros. Con el conocimiento científico actual resulta absurdo negar las diferencias entre hombre y mujer.

El camino que proponemos es el de tener claro nuestras diferencias, porque no somos iguales. Se

trata de valorar las funciones femeninas tanto como las masculinas y, por consiguiente, dar honores a unos y otras, sin dejar de lado las igualdades básicas ante la ley.

Esto es llevar a la práctica valores que no son nuevos. Una anécdota histórica lo muestra: una distinguida patricia romana que no portaba joyas, a diferencia de las otras que estaban sobrecargadas de ellas, fué interrogada del porqué de este proceder suyo y contestó: "Esas son mis joyas", mientras señalaba con orgullo a sus hijos presentes.

En consecuencia, lo que planteamos no sería disminuir a la mujer, sino que al contrario, reconocerlas en lo que tienen de valioso e irremplazable y enaltecerlas a través de hechos concretos. Y la sociedad como un todo debe adecuarse para ello en sus distintos sectores e instituciones. Las sociedades han premiado siempre en distintas formas y especialmente a través del prestigio, a quienes hacen algo que se considera bueno para ellas. En diferentes épocas se ha galardonado a guerreros, artistas, inventores, científicos, políticos, etc. Los premios y distinciones son por lo que han hecho.

Las funciones femeninas deben ser premiadas en igual forma. Debemos distinguir a las mujeres que allí se han destacado. Estamos hablando de algo más que premios a la mejor madre del año y similares. Deben ser recompensas que tradicionalmente se utilizan en sectores que se consideran importantes para la sociedad. En ello, como es conocido, los medios de comunicación social tendrían un papel destacado y, asimismo, el Estado con acciones en que lo económico no podría ocupar un papel secundario.

Sugerimos, por ejemplo, que todo aquel que se distinga - sea hombre o mujer - debería compartir claramente esta distinción con su madre - y con su padre si es pertinente -. Si es entrevistado, una parte del espacio deberá ser destinada a la madre, incluyendo su fotografía si corresponde - diarios, revistas -. Los colegios deberían premiar no sólo a los mejores alumnos, sino a sus respectivas madres. Lo que debería ser similar en todo tipo de instituciones. Libros, películas, cuentos, espacios en la TV estarían destinados a enaltecer las funciones femeninas para que las mujeres puedan disfrutar de su aporte en el desarrollo y bienestar de la Humanidad. En las escuelas debería desarrollarse programas especiales con el mismo objeto. Y naturalmente, es el Estado quién deberá tener en primer término una responsabilidad en el desarrollo de estas políticas, pues para él es fundamental devolver el prestigio a las funciones que hacen de la familia un grupo integrado y en consecuencia, formador.

De mucho valor sería la creación de instituciones de derecho privado sin fines de lucro con el propó-

sito de estudiar esta problemática y desarrollar acciones que hagan valorar el papel de la mujer y de la madre en la sociedad. Complementando de esta manera e, incluso, adelantándose a la labor del estado.

Es perentorio darle a muchas mujeres la posibilidad de gozar con el cumplimiento de sus funciones femeninas y en plena igualdad respecto a los hombres. Es decir, en ningún caso en una condición de sometimiento y menos aún, como una dádiva. Si ellas quieren ser mamás no deben quedar solas en estos propósitos y menos ser consideradas personas de segunda clase en la sociedad. Las madres deberían tener un sueldo si se dedican plenamente a su función de tales o, en todo caso, en la época en que durante su vida lo hagan. Porque muchas profesionales estarían gustosas en estas condiciones de dejar temporalmente su actividad profesional con el fin de dedicarse integralmente a sus hijos. Señalemos que hay ya países en que algo de esto se hace: en Alemania hay una asignación por los hijos que tenga un matrimonio. Y en Suiza, las dueñas de casa tienen vacaciones pagadas.

No parece aventurado suponer que una mujer que recibe un sueldo tanto por un trabajo remunerado fuera del hogar, como por quedarse en éste para dedicarse a sus hijos, va a tender - en la mayoría de los casos - a elegir el hogar como centro de sus actividades. Y mejor aún si se instituye la "profesión de mamá" con estudios y diploma. Allí se las capacitaría para cumplir de manera óptima su función a la luz de los conocimientos modernos sobre las distintas tareas que ello implica: nutrición y dietética, higiene y primeros auxilios, psicología y relaciones familiares, etc.

Lo que planteamos significa un cambio de valores. Es decir, una tarea magna. Por ello insistimos en que el Estado debe ser quién tome la responsabilidad en esta tarea y debe entonces intervenir en este sentido, sin más remedio, en los medios de comunicación social. La sociedad debe establecer regulaciones si busca desarrollar aquello que le va a ser beneficioso. Todo el mundo puede entender que las políticas para proteger a la población del tifus deben ser ajenas a las leyes del mercado. Lo mismo habrá de suceder respecto al cambio de valores que estamos proponiendo.

Es posible que lo dicho despierte la objeción de que se requiere el aporte femenino en las distintas actividades industriales y productivas en general. Sin embargo, estamos asistiendo a cambios acelerados respecto a técnicas de automatización que llevan a corto plazo a la disminución de los puestos de trabajo. Y su consecuencia va a ser o un exceso de horas libres o un exceso de recursos humanos ociosos. En este sentido, lo que proponemos no pasa de ser una reasignación de los recursos humanos con ventajas evidentes para la sociedad.

Y finalmente, lo más importante. Porque a la altura de estas líneas habrá feministas que estarán suponiendo que todo esto es un plan diabólico para consolidar la hegemonía masculina a través de quedarse con las actividades que le permitirían un control de la sociedad y por ende, de las mujeres. Jamás la elección de actividades de la mujer deberá estar sometida a coerción ni directa ni indirecta. Y para ello, desde luego, deben quedar abiertas sus opciones a desempeñar funciones masculinas y actividades fuera del hogar en plena igualdad con los hombres. E incluso, en este último caso, hay soluciones intermedias como son los trabajos de medio tiempo, que si coinciden con los horarios de los niños en el colegio, no plantean ningún tipo de problemas. Lo mismo puede decirse del alternar en el tiempo actividades en la casa y fuera de ella, como sería el caso de suspender sus actividades laborales en la época del crecimiento de los niños y retomarlas cuando estos estén ya formados. Es necesario hacer notar que el quedar en el hogar no le significa a la mujer que desee perfeccionarse el dejar de lado la lectura y el estudio, incluso aquel de alto nivel que en un próximo futuro podrá ser complementado por la TV por línea, sistemas de computadores y similares. Y por último, no debe olvidarse que la función del padre es importante en la crianza y socialización de los hijos. Lo que esperamos tratar en otro trabajo en forma adecuada.

El presente es un mensaje destinado a los especialistas en ciencias humanas, especialmente asistentes sociales, sociólogos y psicólogos entre otros, quienes tienen una responsabilidad fundamental en el perfeccionamiento de la sociedad humana. Hago votos por que sea oído y promueva nuevas ideas, además de despertar la inquietud por esta problemática, que permitan alcanzar en la mejor forma las metas que aquí se proponen.

BIBLIOGRAFIA

- 1) Linton, Ralph: Estudio del Hombre. Fondo de Cultura Económica. México, 1959.
- 2) Muñoz, Mónica: Ser hombre y ser mujer. En Crisis en la Familia? ed. por P. Covarrubias, M. Muñoz y C. Reyes. Instituto de Sociología. 1983.
- 3) El Mercurio, 10 de Setiembre de 1984, pág. A9, Santiago. Chile.
- 4) Cifuentes, Max: Mujer, pareja y familia. En Crisis en la Familia? ed. por P. Covarrubias, M. Muñoz y C. Reyes. Instituto de Sociología. U Católica de Chile. 1983.
- 5) Pauchard-Hafemann, Héctor: Clasificación de los daños. Reg. Propiedad Int. N° 53347. Santiago. Chile. 1981.
- 6) Goldfarb, W.: "The Effects of Early Institutional Care on Adolescent Personality", cit. en Sociology, ed. por G. A. Lundberg, Cl. C. Schrag, O. N. Larsen, W. R. Catton. Harper & Row. New York, 1968.
- 7) Ogburn, W. & Tibbitts, C.: The Family and its Functions, en R. Freeman y otros: Principles of Sociology. Holt, Rinehart & Winston. New York. 1961.
- 8) Pauchard-Hafemann, Héctor: Síndrome de Emergencia. Apuntes. Reg. Propiedad Int. N°53210. Stgo. Chile. 1981.